

Dió un grito apagado Bonaparte y una palidez de ceniza cubrió sus antes animadas mejillas; apretó los labios y despidieron sus ojos tales llamaradas que hasta Fouché bajó los suyos acobardado.

—Moreau, murmuró despues de una larga pausa, ¿Moreau conspirador, traidor? Moreau en alianza con los asesinos que los realistas han enviado contra mí? Sabia muy bien que era mi enemigo, pero no imaginé que su enemistad le condujese al asesinato.

Se paseó arriba y abajo del cuarto muy agitado y con las manos enlazadas á la espalda, de repente se detuvo delante de Fouché y le miró á la cara fijamente.

—Fouché, ¿sostenéis que Moreau es conspirador?

—Lo sostengo, mi general.

—Sostenéis que los cincuenta conjurados estan aquí, en París?

—Tambien lo sostengo. Mas, afirmo que Georges y Pichegru son los cabezas motin.

—Fouché, volvió á exclamar Bonaparte en tono amenazador y colérico, tan cierto como hay un Dios en los cielos, que os ahorco si habeis mentido.

—General, por Dios vivo, os repito que digo verdad. He venido aquí para mostraros quién soy yo y quién es Regnier. He aguardado hasta que la trama estuviere bien urdida y completa; y ya ha llegado la hora de que hable, y os advierta que tomeis vuestras medidas porque el peligro arrecia.

Temblando de la emocion Bonaparte se habia echado en una silla de brazos, y, como era su costumbre en momentos de irritacion, tomó de su escritorio una corta-plumas y empezó á picar el respaldo del asiento.

Fouché, recostado contra la pared, miraba con calma y ligera sonrisa la peregrina ocupacion del general. De pronto se abrió la puerta del gabinete y se presentó á ella el mameluko Roustam.

—Cónsul, dijo en tono suave, aquí está el consejero Real y solicita una audiencia.

Levantóse Bonaparte, arrojó el corta-plumas en el escritorio y gritó, —Real.

El hombre así nombrado no tardó en presentarse á la puerta. Era alto, de aspecto grave y traia el semblante demudado, que á pesar de su agitacion, lo notó Bonaparte.

—¿Qué ocurre, Real? le preguntó. ¿Habeis hablado con el reo?

—Sí, general.

—Y es lo que he dicho ¿cierto? El tal doctor Querolle ha pretendido hacer grandes revelaciones con el mero objeto de ganar tiempo y ver si prolonga su vida unas pocas horas. Ha envenenado á la mujer, para casarse con la querida, y es fuerza que muera el envenenador.

—General, exclamó Fouché en el colmo de la alegría, conozco á Querolle y sé que su esposa se envenenó. Querolle no es envenenador.

—¿Pues qué es, señor omnisciente?

—Mi general, él es otro conspirador.

—Conspirador! repitió Bonaparte volviendo el rostro hácia el consejero. Real, ¿qué sabeis? ¿Qué os ha dicho el reo?

—Cónsul, me juró que era inocente de la muerte de su esposa, al paso que se confesó miembro de una conspiracion tramada para

matar al general Bonaparte. Asegura que se han ligado los realistas y los republicanos; que cincuenta emisarios del conde de Provenza y del duque de Enghien, á la cabeza de los cuales se hallan Pichegru y Georges, se habian introducido en París; que tuvieron ayer una entrevista con el general Moreau, y con el llamado rey Luis XVII, que vive aquí oculto, y que ahora mismo esos cincuenta asesinos rodean las calles y acechan las Tullerías esperando la oportunidad de matar al primer Cónsul.

Bonaparte pasó los ojos poco á poco de la cara pálida del consejero Real á la serena y sagaz de Fouché, quien se guardó muy bien de dar muestras de triunfo y satisfaccion. Luego el Cónsul se encaminó despacio hácia la puerta que comunicaba con la antesala, donde se reunian á aquella hora todas las autoridades y empleados de la república para recibir órdenes, y la abrió con la punta del pié.

—Murat! gritó él, y al punto se presentó el general de este nombre que era á la sazón gobernador de París. Murat! añadió en el tono de mando que usaba en el campo de batalla, dad órdenes para que se cierren desde luego las puertas de París y que no se permita salir á ningún extranjero hasta nueva disposicion. Dentro de una hora estareis de vuelta para recibir una proclama á las tropas, que firmareis, imprimireis y hareis fijar en todas las esquinas de la capital. Despachad.

Salió Murat del gabinete saludando respetuosamente y entonces la voz dominadora de Bonaparte llamó á su primer ayudante de campo, que se hallaba en la misma antesala.

—Duroc, le dijo con voz serena, casi solemne, ireis ahora mismo con una media compañía de soldados y prendereis al general Moreau, donde quiera que se encuentre.

Palideció el noble y abierto semblante de Duroc y no pudo ocultar la impresion de horror y asombro que le habia causado aquella orden.

—General, dijo titubeante, os ruego que...

—No hay que replicarme, estalló Bonaparte interrumpiendo á su favorito. Vuestro deber es la obediencia. Ni una palabra mas. Real, agregó luego que Duroc se retiró pálido y agitado, Real, tornad á la prision del reo, llevadle el perdon y tráigale aquí, que quiero oirlo. Pronto.

Retiróse Real y Bonaparte y Fouché quedaron solos.

—Habeis dado las pruebas, dijo el primero al segundo, y ahora os creo. Cuando se trata de perseguir lobos, sois un buen sabueso. Así principiaremos la caza. Desde este momento sois jefe de policia secreta. Vuestro deber primero será desenredar esta maraña. En recompensa os nombraré otra vez ministro de policia.\* Tan pronto como me cumplais vuestras promesas os cumpliré yo las mias; es decir cuando hayais puesto en mis manos la persona de los principales conspiradores.

—Ya teneis la del general Moreau, replicó Fouché. Os prometo que dentro de pocas horas tendreis las de Pichegru y Georges.

—Pero veo que olvidais la del mayor conspirador, dijo Bonaparte por cuya frente de bron-

\* El nombramiento de Fouché tuvo lugar en junio de 1804.

re pareció pasar una nube oscura. Olvidais la efígie de la enterrada monarquía, el rey fantasma Luis XVII. Silencio! Os digo que necesito este hombre. Arrancaré los colmillos de esa víbora real, cosa que no muerta mas. Traed el hombre á mi presencia. La república es una diosa airada y pide ofrendas reales. El impostor, Fouché, ó no respondo de lo que suceda. Marchad; os aconsejo que no os detengais. Necesito saber que está preso ese rey fabuloso ántes que se ponga el sol, de lo contrario juro que se pondrá para siempre el sol de vuestra existencia. Partid. Salid por el corredor estrecho y luego por la puerta secreta. Conoceis el camino. Idos.

No se atrevió Fouché á contradecir orden tan imperativa. Se encaminó sin ruido, aunque de prisa, á la cortina de la salita oscura y de allí á la puerta que daba al corredor estrecho y que solo sabian abrir los iniciados.

Pero no bien penetró en el cuarto oscuro, cuando sintió que una mano le echaba garra por el brazo, á tiempo que una voz de mujer le decía:

—Debo hablaros desde luego. Venid por aquí.

La mano de la desconocida le condujo derecho á la pared, tocó un resorte y sin el menor ruido se abrió una puerta. La misma voz añadió:

—Cuatro escalones abajo. Con cuidado.

## CAPITULO XXXII.

### JOSEFINA.

No dudó Fouché en seguir á su guia por la escalerita abajo, á lo largo de un oscuro corredor, y luego escaleras arriba. Habia reconocido la voz y sabia que su conductora no era otra que Josefina, la esposa del primer cónsul.

A traves de la puerta secreta en el extremo del corredor, penetraron en una sala pequeña y lúgubre, exactamente igual á la inmediata al gabinete del cónsul, desde donde Josefina hizo pasar á Fouché al suyo.

—No direis palabra á Bonaparte, Fouché, acerca de este pasaje secreto, dijo Josefina en tono suave y casi suplicante. El no lo sabe. Le hice abrir sin su conocimiento cuando estaba en Bolonia el año pasado. ¿Jurais que no lo revelareis?

—Lo juro, madama.

Dios sabe que no lo mandé abrir por mera curiosidad de entreoir á Bonaparte, continuó Josefina. Pero á veces es necesario que yo averigüe lo que pasa y que cuando el general se encoleriza me apresure á calmarle y á divertir su ira. De este modo he podido evitar muchas calamidades. ¿Pero qué es lo que me he visto compellida á escuchar hoy? ¡Oh! Fué Dios mismo quien me compelió á escuchar! Estaba con él cuando os anunciaron y sospeché que vuestra visita encerraba algo desusado, algo terrible. Todo lo he oido, Fouché, no os digo mas. Sé que su vida está amenazada, que cincuenta puñales estan levantados contra él. ¡Ah! Dios mio, este perpetuo temor y esta ansiedad van á matarme. Ya no hay paz, ni descanso para mí. Desde el dia aciago en que dejamos nuestra casita para vivir en las Tullerías, se acabaron mis gozos. ¿Por qué nos mudamos? Por

qué no nos quedamos en el pequeño Luxemburgo? Por qué cedimos y lo trocamos por el palacio de los reyes?

—Es propio que el hombre mas grande de la Francia viva en la casa donde moró la extinguida raza de los reyes, contestó Fouché.

—Ya, dijo Josefina suspirando. Conozco las tretas de que os valeis para trastornar la cabeza de mi pobre Bonaparte. Si, vos, vos, su adulador, su tentador, sereis el culpado si nos suceden desgracias. Le habeis adormecido, no lo negueis, con el incienso de la adulacion. Diariamente infiltrais en sus venas el veneno que ha de acabar con nuestra paz y felicidad. Ah! Mi Bonaparte era tan bueno, tan vivaz, tan feliz! Estaba contento con los laureles que la victoria habia tejido en su frente; pero os habeis propuesto persuadirle que una corona realzaria la gracia de esos laureles. Halagais su ambicion, y lo que dormia tranquilamente en el fondo de su pecho y yo habia logrado reprimir á fuerza de besos y de caricias, vos no perdonais medio ni ocasion de hacerlo brotar: su vanidad, su amor del poder. Oh! Fouché, sois malo, cruel, despiadado. Os odio, os aborrezco á vosotros todos, porque sois los asesinos de mi Bonaparte.

Todo esto lo dijo en voz suave, sin tomar aliento, con las lágrimas corriendo hilo á hilo por sus hermosas mejillas y tembándole todo el cuerpo de la emocion. Luego, agobiada, se dejó caer en un sofá y con ambas manos, chispeantes con las piedras preciosas se cubrió los ojos.

—Madama, repuso Fouché tranquilo, sois injusta. Si habeis escuchado mi conversacion con el primer Cónsul, sabeis que el objeto primordial de mi venida fué poner á salvo su preciosa existencia, de las asechanzas de sus enemigos.

—¡De paso, verter en su pecho el veneno de una futura corona imperial! dijo Josefina con indignacion. Ah! Lo sé. Le empujais allá hablandole de conspiraciones y de puñales alzados sobre su cabeza. Quereis que sea emperador, con tal de que os haga principe á duque. Lo veo todo, mas no puedo impedirlo, porque él ya no escucha la voz de su Josefina, sino la de sus aduladores. Se pondrá una corona imperial y nuestra desgracia será completa. Lo sé. Esa corona nos arruinará. Cuando joven me predijeron que yo seria emperatriz, añadiendo que no seria por largo tiempo. Y sin embargo, me alegraria vivir y ser feliz todavía.

—Y lo sereis, señora, repuso Fouché sonriendo. Siempre es bueno llevar una corona imperial y vuestra hermosa cabeza es digna de una.

—No, no, gritó ella enojada. No venga á tentarme con sus adulaciones. No deseo corona de ninguna clase, estoy satisfecha con la corona de amor de mi marido. Las testas coronadas que han habitado en este palacio, una tras otra han caido en la sima de la destruccion, trocándose en lágrimas las perlas de sus diademas. ¿Pero de qué vale que yo os diga todo esto? Es en vano. No os traje aquí para hablaros de eso. Fué para cosa muy diferente. Escuchad, Fouché, no puedo impedir que Bonaparte se haga emperador, pero si trataré de impedir que le convirtais en regicida.

No lo consentiré. Por los cielos y los ángeles benditos que no lo toleraré.

—No os comprendo, madama. No sé lo que decis.

—Toma, que sí me comprendéis. Harto me comprendéis, Fouché. Sabeis que hablo del rey Luis XVII.

—Ah! madama, habláis del impostor, que quiere pasar por el huérfano del Temple.

—Lo es, Fouché. Lo conozco, estoy enterada de la historia de su fuga. Estuve presa en la Concejería juntamente con Toulan, el leal servidor de la reina. El conocía mi afecto por la desgraciada María Antonieta, y me confió el secreto de la escapatoria del delfín. Mas tarde, hallándome en libertad, Tallien y Barras me confirmaron la historia de su fuga y me dijeron que estaba oculto y al abrigo del príncipe de Condé. Lo he sabido todo, os digo que sé quién era el ayudante del general Kléber; pregunté por él cuando desapareció después de la batalla de Marengo, y luego que me dijeron que había muerto me puse luto y rogué á Dios por su alma. ¿Y ahora que sé que el hijo de mi reina vive, he de consentir que muera como traidor? No, nunca, Fouché, os repito que no consentiré jamás, no permitiré se sacrifique á ese jóven. Teneis que salvarle, lo exijo.

—Yo! gritó Fouché asombrado. Sabeis, señora, que eso no es posible, según la conversacion que acabo de tener con el Cónsul y que habeis oído. El ha dicho: la república pide una víctima real. Si no es el llamado Luis XVII, sea el duque de Enghien, porque para intimidar á los realistas y que haya paz al fin, fuerza es que caiga una víctima.

—Pero no quiero que hagais victimario á mi marido. De aquí adelante la república no será un cruel Moloch como lo fué en los dias de la guillotina. Debeis salvar, salvareis al hijo de la reina María Antonieta. Deseo la paz de la conciencia, sin cuyo requisito no se puede ser feliz en la tierra.

—Pero es imposible, repitió Fouché. Vos misma habeis oído que ántes que el sol se ponga Luis debe estar preso.

—Y os digo, Fouché, que si haceis tal y sois regicida por segunda vez, mientras yo respire seré vuestra implacable enemiga, y que trataré de vengar en vos la muerte de la reina y de su hijo. Mi odio os seguirá paso á paso y no desansará hasta que acabe con vos. Sabeis bien que Bonaparte me ama, que tengo influencia sobre él, y que lo que quiero se haga, lo consigo con ruegos, con lágrimas ó con entrecejos. Así, no me exaspereis, Fouché; no me haga vuestra irreconciliable enemiga. Salvad al hijo del rey á quien habeis matado, concilie la sombra de sus infelices antepasados. Fouché, nos hallamos en el gabinete de la reina. Aquí moraba ella, aquí estrechó á menudo su hijo contra el pecho, aquí pidió á Dios la librería de todo mal y lo hiciera feliz. El espíritu de María Antonieta está con nosotros, y ve si teneis ó no compasion de su hijo. Fouché, en nombre de la reina, de rodillas, os ruego salveis al hijo de sus entrañas.

En efecto, diciendo y haciendo, Josefina bañada en lágrimas se arrodilló delante de aquel hombre frio y cruel, y con las manos cruzadas, le repitió la súplica anterior. El, al parecer conmovido y pálido por las reminiscencias in-

vocadas, se inclinó y rogó á Josefina se levantase; pero como se negase y continuase en rogarle, amenazarle y llorarle, Fouché, aconsejado por la prudencia, pues le convenia hacer una amiga de la omnipotente esposa del futuro emperador, cedió al fin y le repitió:

—Alzaos, señora. ¿Qué mortal podría resistir vuestros ruegos, pues que no puede el mismo Bonaparte? Suceda lo que sucediere salvaré vuestro protegido.

Al punto se puso ella en pié, y en el arrebatado de su alegría abrazó y besó á Fouché.

—Os beso, Fouché, dijo, en nombre de María Antonieta. Este es el beso de paz y de benediction. ¿Me jurais que le salvareis?

—Os lo juro, madama.

—Y yo os juro que tan pronto como esté en salvo, que no le alcanzará la cólera de Bonaparte. Todo se lo confesaré y de manera le pintaré el asunto que os dé las gracias y os recompense. Ahora bien ¿cómo le salvareis?

—Solo podré con vuestra ayuda, señora.

—A todo estoy dispuesta. Sabedlo, ahora decidme ¿qué debo hacer?

—Dirigidle al jóven algunos renglones en vuestro propio nombre, conjurándole en el de su madre que huya, que se salve de la cólera del primer Cónsul, que salga de Europa.

—Ah! Fouché, cuidado que sois astuto! exclamó Josefina tristemente. Quereis mi firma, para justificaros con el primer Cónsul en caso necesario? Muy bien. Escribiré la carta.

Se acercó á una mesa y sin sentarse siquiera escribió unas cuantas lineas en un pedazo de papel y se lo entregó al solapado jefe de Policía.

—Leed, le dijo, contiene lo esencial ¿no es así?

—Sí, señora; y vuestro lenguaje es tan sencillo como elocuente, de modo que el jóven no podrá ménos de enterneerse y obedeceros. ¿Tendreis la bondad de poner la esquila en un sobre y ponerle el sobreescrito?

—Doblad el papel y pueste en un sobre, preguntó ella:

—A quien lo dirigirá?

—Al rey Luis XVII.

Hízolo así Josefina con un rasgo de pluma y añadió:

—Tomad, hé aquí vuestra justificacion. A fin de que esteis mas seguro, prosiguió con ligera sonrisa, retened esta carta, no la entreguéis. Lo que quiero decir á ese jóven prefiero decirselo de palabra.

—¿Cómo! exclamó Fouché. Pretendeis...?

—¿Verle y hablarle? le interrumpió Josefina. Ciertamente. Deseo pedirle su perdón en mi nombre y en el de Bonaparte. ¡Silencio! No os opongais, estoy resucita. Quiero ver al jóven.

—Es que él no puede venir aquí, señora, aquí, á la misma madriguera del león.

—Ya se ve que no, él no debe, ni puede venir, yo seré la que vaya á verle.

—Os chanceais, señora, eso es imposible. ¿Qué se diría si la esposa del primer Cónsul...?

—Quiero llenar un deber de gratitud y de lealtad, le interrumpió Josefina. Todavía soy yo allá en mi pecho la vasalla de la reina. Dejadme seguir el dictado de mi corazón. Escuchad. Mi carruaje está listo. Pensaba ir á

casa de madama Tallien; en vez de eso, daré un paseo. Haré parar el coche en el bosque de Boloña, le despediré y volveré á pié. Me esperareis allí en una calesa y me llevareis á casa del rey.

—Así se hará, contestó Fouché. Vues'ra voluntad será mi ley. Lo único que pido es que os apresureis, porque sabeis que tengo mucho que hacer hoy. He de aprovechar el tiempo á fin de conseguir el pasaporte del jóven. Pero señora, es fuerza que me ayudeis á sacarle de la ciudad, estando como estan cerradas las puertas.

—Diré á Bonaparte que no me hallo aquí; que voy á pasear á Saint Cloud. Su carruaje puede seguir al mio y si el oficial de guardia de la puerta pone algun obstáculo, le ordenaré deje pasar á Luis. Apresurémonos.

Una hora mas tarde, despues de haber despedido el coche con los lacayos, entró en la calesa que la esperaba junto á la fuente. Fouché la recibió allí y le pidió mil perdones por la humildad del carruaje en que hacia entrar á la esposa del primer Cónsul.

—Mi querido señor, dijo ella sonriendo, tiempo ha habido en que me hubiera creído muy honrada y feliz en tener una calesa como esta y no verme en el caso de caminar por las calles fangosas de Paris. Está bien así. No me han evanecido por cierto los dias de prosperidad ni se han desvanecido para mí los recuerdos del pasado. Pero decidme, Fouché, ¿hácia donde corremos? Dónde vive ese jóven?

—Nos dirigimos, señora, con vuestro permiso, á mi casa. En ella tengo al jóven, porque ya no está seguro en la suya. He hecho que la rodeen los agentes de la policía secreta, con órden de prenderle á su vuelta. De consiguiente que no volverá y será mas fácil hacer creer que recibió en tiempo aviso del peligro y que se escapó. Pero ya estamos á la puerta. Si os echais por la cara el velo que atasteis felizmente á la gorra, espero que nadie verá que la mas hermosa señora de Paris honra mi casa con su distinguida presencia.

No replicó palabra Josefina á esta lisonja, sino que hizo lo que se le pedia, se apeó de la calesa y entró en la casa.

—Fouché, le dijo en voz baja, cuando subian las escaleras, el corazón me late tan fuertemente como cuando fui á las Tullerías para presentarme á María Antonieta. Aquella fué la primera vez que yo hablé con la reina de Francia.

—Y ahora, madama, repuso su compañero riendo, vais á hablar con el rey de Francia.

—¿Sabe él quién soy?

—No, madama, he dejado á vos esa revelacion. Este es el salon... él está dentro.

—Esperad un momento, Fouché. Dejad que me reponga. El corazon me late con fuerza. Yo podeis abrir la puerta.

Entraron en el pequeño salon. Josefina se quedó parada junto á la puerta, y mientras se quitaba la gorra y el espeso velo, sus ojos grandes, pardos y brillantes buscaron con ansiedad el jóven, el cual se hallaba de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, tranquilo y pensativo en el alféizar de la ventana.

En esta actitud, con la serena apariencia de su semblante, la suave expresion de sus azules ojos, habia una gran semejanza con los retra-

tos que representan á Luis XVI en su juventud, de modo que Josefina no pudo reprimir una exclamacion de sorpresa, se le acercó y él tambien dejó el puesto en la ventana.

—Señora, dijo haciendo una profunda reverencia á aquella hermosa y respetable desconocida, cuya expresion de simpatía le hizo temblar desde luego el corazon,—sin duda sois la señora que según me anunció el señor Fouché podia ser que viniese hasta aquí.

—Sí, la misma soy, contestó Josefina con los ojos húmedos de la emocion que en el rostro del jóven que le traía tantos recuerdos. He venido á veros y á traeros memorias de un hombre á quien amabais, que os reverenciaba y que murió bendiciéndoos.

—¿Quién es ese? preguntó Luis palideciendo.

—Las gentes le llamaban Toulan, repuso Josefina. La reina María Antonieta le llamaba Fiel.

—Fiel! exclamó Luis en tono de angustia. ¿Fiel ha muerto? Es posible que no viva ya mi libertador, el que desafió todos los peligros y aun la muerte por salvarme de una horrorosa prision? Ah! señora, qué tristes pensamientos me traeis á la mente con ese nombre!

Josefina, con una expresion triunfante se volvió para Fouché, que se hallaba de pié y tranquilo tras de ella, cerca de la puerta. Con esa mirada pareció decirle: ¿Veis? no es un impostor. Ha salido airoso de la prueba.

Entendió muy bien el astuto jefe de la Policía el lenguaje de aquella mirada, contentándose con sonreirse ligeramente.

Entonces Josefina se volvió de nuevo para el jóven y le dijo con amabilidad:

—Así pues, no sabiais que Toulan habia muerto.

—Ni cómo podia saberlo, señora mia? repuso él con amargura. De Paris me llevaron á un castillo solitario, don'te permanecí varios años, despues pasé á Alemania y desde allí siempre he vivido en el extranjero. Apenas torné á esta capital, he hecho los mayores esfuerzos por averiguar su paradero, nadie sin embargo, ha podido informarme, y me halagaba con la esperanza de que quizas habia podido huir á la América, porque tal era su propósito, según me dijo el otro caballero que entonces contribuyó á mi sultura.

—Ese otro caballero, que decis, observó Josefina, como recordando, fué el marqués de Jarjayes, y el niño que se llevó al Temple, el hijo...

—Del conde de Frotté, concluyó la frase Luis.

—Fouché, exclamó Josefina, es él. Es el hijo de mi noble y desventurada reina María Antonieta. ¡Oh! Sire, permitidme testificaros el homenaje que cumple á un vasallo leal ante su rey. Sire, doblo la rodilla en vuestra augusta presencia. De buena gana me deshaceria en lágrimas, para pedirlos con cada gota perdon para la Francia y para todos nosotros.

Diciendo lo cual la hermosa y entusiasta criolla se arrodilló á los piés del jóven y levantó á él los ojos anegados en lágrimas. El perplejo, avergonzado, la miró con fijeza y se apresuró á inclinarse y rogarle se levantara.

—No, Sire, no me levantaré hasta que sepa que me habeis perdonado, que habeis perdonado á todos nosotros.

—¿Perdonaros? Qué me habeis hecho? Señor Fouché, quién es esta señora que me conoce tan intimamente y que me trae noticias de Fiel? Que tengo que perdonarle? Quién es? Decidme, por piedad, su nombre.

—Señor, dijo Fouché aproximándose poco á poco, esta señora es....

—Callad, Fouché! le interrumpió Josefina. Se lo diré yo misma. Sire, cuando vuestra hermosa y excelsa madre moraba en Versalles, tuve la honra de ser presentada á ella y concurrí tanto á sus córtés públicas como privadas. Un día.... Se acercaba la terrible época del terror. La reina vivía en la Tullerías y allí fui yo á ofrecerle mis respetos.

—Es decir, señora, exclamó Luis, que vos sois tan animosa como leal, pues solo los valientes y leales se aventuraban en ese tiempo á presentarse en las Tullerías. Ah! Hablad. Continúa! Deciais que deseabais ofrecer vuestros respetos á la reina. Os recibió ella, ¿no es eso? Os condujeron al saloncito de color de ladrillo?

—No, Sire, la reina no estaba allí, sino en la sala de música, y, como que entonces no se paraba mucho la mente en la etiqueta, se me permitió ir allí en compañía de la marquesa de Tourzel. La reina cantaba al clavicordio y no advertí nuestra entrada. Yo me quedé á la puerta y contemplé por breve rato el bello cuadro que se me ofreció delante. La reina, en traje sencillo blanco, con el cabello castaño claro algo empolvado y medio oculto por una papalina de encaje negro, se hallaba sentada, como digo, al clavicordio, descansando sus blanquísimos dedos en las teclas. Casi bajo el alféizar de la ventana se hallaba sentada bordando madama Isabel; junto á la reina en una silla de brazos, un niño de cinco años de edad, niño amoroso, con largos rizos dorados, ojos azules y expresivos, en suma, un ángel en figura humano. Sus manitas, rodeadas de encajes, las tenía apoyadas en el brazo de la silla, mientras sus ojos seguían los movimientos del semblante de su madre, y toda su alma parecía absorbida en el canto y la música. Todavía el tono de voz de la cantora resuena en mi corazón. Cantaba aquella canción que principia:

Duerme, hijo mío,  
Los párpados cierra.... etc.

Y mientras cantaba, de cuando en cuando se volvía para ver á su hijo, que escuchaba inmóvil y parecía encantado. Mira, exclamó la princesa, hermana del lindo niño, creo que Luis Carlos se ha dormido. ¡Oh! Teresa! replicó el niño enderezándose y rojo de la emoción, ¿cómo pudiera nadie dormir cuando canta mamá la reina? Esta dejó el clavicordio é imprimió un amoroso beso en la frente del niño, cuya dorada cabellera mojó ella con una lágrima ardiente. La vi; mis ojos involuntariamente se humedecieron. Como no pude reprimir el llanto, salí á las calladas y me enjuagué el rostro. Sire, aun os veo allí, aun veo aquella hermosa reina con sus hijos y aun me toca llorar como lloré entonces.

—Y yo, oh Dios mío! y yo.... derramar lágrimas de sangre.

Diciendo esto Luis se tapó el agitado semblante con ambas manos. Hasta Fouché parecía conmovido, pues temblaron sus labios y palidieron sus mejillas.

Seguíose un buen rato de silencio, no oyéndose otra cosa que los apagados sollozos del joven, que conservaba las manos sobre los ojos y lloraba con tal violencia, que las lágrimas gota á gota saltaban por entre sus dedos apretados.

—Sire, le dijo al cabo Josefina, Sire, por la memoria de esa hora, os ruego me perdoneis que viva en los mismos aposentos donde en otro tiempo vivía María Antonieta. ¡Ah! No los ocupo por mi gusto, los ocupo con pesar y disgusto. Si, Sire, creedme, y perdonadme, pues me he visto compelida á vivir en el alcázar de los reyes.

—¿Vivis pues en las Tullerías? dijo él quitándose las manos de la cara. ¿Quién sois? Señora, cómo os llamáis?

—Sire, yo era anteriormente la vizcondesa de Beauharnais; ahora soy....

—La esposa del primer Cónsul! exclamó el príncipe dando un paso atrás aterrado. La esposa del que me persigue, y que, como dice Fouché, no parará hasta hacerme subir al cadalso?

—¡Ah! Sire, perdonadle! El no es malo, no es cruel, las circunstancias no mas le compelen á obrar de la manera que lo hace. Se diría que Dios mismo es quien le ha elegido para restaurar con su gloriosa espada y sus heroicas hazafías, la paz y la prosperidad de su infortunada patria, que sangra de mil heridas.

Fué salvador de la Francia y la nación agradecida le saludó como tal y llena de confianza puso en sus manos las riendas del gobierno. Con sus victorias y la administración de los negocios, Francia ha renacido fuerte, grande y feliz y á pesar de eso pululan las conspiraciones cuyo único objeto es matar al salvador de su patria. ¿Qué hay que sorprenderse, si al fin, para acabar con las conspiraciones y con los atentados contra su existencia, trata de inspirar miedo á los conspiradores, haciendo un castigo ejemplar y horrible? El está firmemente resuelto á hacerlo. Nuevas intrigas y tramas han despertado al león que reposaba y sacudiendo la melena sin duda que aniquilará á los que se atreven á punzarle. Sire, yo no os acuso, no digo que habeis mal tratando por todos los medios posibles de apoderaros de la herencia de vuestros padres. Dios sea el juez entre vos y vuestros enemigos. Pero estos tienen el poder en sus manos y es fuerza que vos cedais por esta vez al menos. Oh! mi querido, desventurado y triste señor, os ruego os pongais en salvo de la cólera del primer Cónsul y de los esbirros que os buscan por todas partes. Si os encuentran, estais perdido, nadie en el mundo podrá entonces salvaros. Huid, pues, huid, ahora que es posible.

—Huir! repitió el joven con amargura. ¡Huir una vez mas! Mi vida toda ha sido una perpetua fuga, un continuo ocultarme. Como el Judío errante, mi destino ha sido errar de de tierra en tierra, sin encontrar descanso, ni paz en ninguna. Sin hogar, padres, patria, ni nombre, vago en torno, y, cual bestia feroz, perseguida por los perros, apenas me detengo á respirar, cuando siento los ladridos y huyo de nuevo. Bien, sea así; estoy ya cansado de luchar con mi destino; y me entrego á lo que parece inevitable. Que me envíe al cadalso el

primer Cónsul como conspirador, estoy preparado para morir. Al cabo encontraré en la muerte la paz que en vida se me niega cruelmente. No huiré, me quedaré. El ejemplo de mis padres me enseñará á morir.

—Oh! No habeis así! le dijo Josefina. Tened piedad de mí, de vos mismo. Todavía sois joven, la vida todavía es un tesoro para vos, todavía debéis esperar ser feliz y célebre. Fuerza es que vivais, no para vengar la muerte de vuestros ilustres padres, sino para hacer su memoria menos dolorosa. Hijo de reyes, habeis recibido la vida de Dios y de vuestros padres, y no podeis arrojarla con desden, sino defenderla, porque la bendición de vuestra madre reposa en vuestra cabeza y debéis librarla del cadalso.

—Es preciso que vivais, dijo á la sazón Fouché, porque vuestra muerte causaría gozo á los enemigos acérrimos de María Antonieta, los cuales serian vuestros herederos, motadores de vuestra suerte. ¿Concederéis al conde de Provenza el derecho incontestable de llamarse Luis XVIII? A ese conde que hizo derramar tantas lágrimas á María Antonieta?

En oyendo esto el príncipe se encendió en ira y le chispearon los ojos.

—No, exclamó, el conde de Provenza, no tendrá ese momento de gozo, proporcionado por mí. No descansará la maldita cabeza en la almohada con la convicción tranquila de que será el rey futuro. Mi espíritu interrumpirá su sueño, y la posibilidad de que yo puedo volver y reclamar lo que es mío, será la pesadilla de su vida. Teneis razon, debo vivir. El espíritu de María Antonieta se cieme en mi cabeza, y me pide que viva y que con mi vida la vengue del mas feroz de sus enemigos. Sea como decís, pues. Y ahora, Fouché, ¿dónde quereis que huya? Dónde se ocultará el pobre delincuente, cuyo solo delito consiste en esto, en que vive y en que es el hijo de su padre? Dónde está la caverna en que ocultarse pueda el gamo perseguido por los lebreles?

—Sire, teneis que ir muy lejos, lejos, á extrañas tierras. Es poderoso el brazo del primer Cónsul y su vista de águila abarca toda la Europa, y os descubriría do quiera que os escondieseis.

—Por de pronto es urgente que busqueis un techo amigo en ultramar, dijo Fouché acercándose mas. Ya he dado pasos en ese sentido. Todos los dias salen barcos de Marsella, y en uno de esos debéis embarcaros para América. Esa es la tierra de la libertad, de las aventuras y de los grandes hechos. Allí encontraréis suficiente ocupacion para vuestro espíritu y vuestro amor al trabajo.

—Decís bien, repuso Luis con amarga sonrisa. Iré á la América. Quizas halle refugio entre los salvajes: tal vez me nombren ellos su cacique, y adornen mi cabeza con una corona de plumas en vez de la de oro. Sí, partiré para la América. En los bosques primitivos, con los hijos de la Naturaleza, no faltará hogar para el desterrado, para el pobre huérfano. Señora, os doy las gracias por vuestra simpatía y bondad, y mi agradecimiento lo expresaré de este modo: sujetándome enteramente á vuestra voluntad. Amábais á la reina María Antonieta; Dios os bendiga y á todos los que

Le alargó ambas manos á Josefina, y á tiempo que ella se las acercaba á los labios para besarlas, él se inclinó y le dijo con triste sonrisa:

—Señora, bendecid mi pobre frente con el contacto de unos labios que en otro tiempo besaron la mano de mi madre.

Hizo Josefina lo que se le pidió y al besarle, una lágrima saltó de sus ojos y cayó en la cabeza del joven.

—Marchad, Sire, le dijo ella, y Dios os bendiga y os proteja. Si alguna vez necesitais de mí, no dejéis de manifestármelo, seguro de que no desoiré jamas vuestra voz.

Una hora mas tarde la esposa del primer Cónsul salía en coche de Saint Cloud. En la esquina de la calle de San Honoré, se le reunió otro carruaje y el joven que iba en él saludó respetuosamente á Josefina, cuando esta se asomó á la portezuela para reconocerle.

Delante de las barreras se paró el carruaje, pues como antes se ha dicho, estaban cerradas las puertas de la ciudad. Pero Josefina hizo señas al oficial de guardia para que se acercara al estribo del coche, y resultó, por fortuna, que ese la conocía.

—No me parece necesario, dijo ella con encantadora sonrisa, que yo traiga pase escrito del primer Cónsul para que se me permita salir. Espero que no sospechareis siquiera que yo ni mi secretario privado, que me sigue en el otro carruaje, pertenecemos á la caterva de villanos que atentan contra la vida de mi marido.

Por supuesto, á este lenguaje y á la sonrisa con que lo acompañó Josefina, no pudo resistir el oficial de guardia, ántes dispuso abrir las puertas al momento y dejar pasar los dos carruajes.

Y de este modo se salvó una vez mas el hijo de la reina. Aquella era la segunda en que dejaba á París á la ventura, sin destino fijo, ni esperanza que le alumbrara en su áspero y tenebroso camino.

### CAPITULO XXXIII.

#### DESPUES DE MUCHO VAGAR.

Fué un día de terror para la ciudad de París, el 16 de febrero de 1804. Las puertas permanecieron cerradas todo el día, patrullas numerosas recorrian las calles sin cesar; y en todas las esquinas se leía un cartel, en que Murat, el gobernador militar, con grandes letras negras anunciaba la extraordinaria noticia de que dentro de sus muros habia 50 individuos juramentados para quitarle la vida al primer Cónsul.

Querolle, el cirujano, condenado á muerte, habia hecho una confesion detallada de la trama, nombrando uno por uno los cabezas motín y sus cómplices principales, y, solo despues que se arrestaron todas las personas que él mencionó, se abrieron las puertas de la ciudad.

Entonces se inició un sumario contra los hombres enviados por los Borbones con ese nefario propósito. Entre los presos se contaban el general Pichegru, abrigador de Georges, y el general Moreau, el mas distinguido de todos.

La historia de este proceso quedó envuelta

en la oscuridad, susurrándose únicamente que Pichegru se quitó la vida en la prisión, al paso que no faltó quien afirmara que le despacharon en secreto. Esto produjo murmulos de horror en todas las calles y casas de París, ni se veían otras caras que las pálidas azoradas, de los que comparaban aquel modo de hacer justicia con el que habían empleado poco antes los idólatras de la guillotina.

Aumentóse este estado de desazon y azoramiento con el rumor que se exparcó tras la muerte misteriosa de Pichegru. Se decía que el duque de Enghien, nieto del príncipe de Condé, había sido preso en Baden por soldados Franceses, fuera del territorio de la Francia, por supuesto; traído á Vincennes; juzgado por un consejo de guerra, en la misma noche, acusado de complicidad en la trama para quitarle la vida al primer Cónsul y turbar la paz de la república; condenado á muerte y fusilado antes de amanecer en los fosos de la dicha fortaleza.

Este rumor no se apartó por desgracia un ápice de la verdad. Bonaparte había cumplido su palabra de sacrificar una víctima real á la causa de la república amenazada en la persona de su primer magistrado, esperando, con aquel hecho atroz, llenar de pavor á los conspiradores de todas clases y hacerles abandonar sus planes sanguinarios.

Cruelos eran los medios empleados, pero se logró el fin que Bonaparte se propuso alcanzar, siendo así, que de allí adelante se acabaron las conspiraciones, el primer Cónsul pudo respirar mas libremente, y el 18 de mayo del mismo año, asumir el título de emperador de los Franceses.

Pocos dias despues empezó el proceso público contra los demas acusados. A él concurrió Fouché como ministro de policía, presidiendo Regnier en su nueva capacidad de justicia mayor.

Diez y siete de los acusados fueron condenados á muerte, otros á varios años de prisión, contándose entre estos el general Moreau. Pero de tal modo y con tanta energía se declaró en favor de este último la voz popular, pues no se habían olvidado sus muchos y heroicos servicios á la república, que se creyó conducente conmutar la pena de prisión en destierro. En efecto, puesto en libertad, atravesó los Pirineos en camino para España, de donde pasó á la América del Norte.

El 25 de junio, doce de los conjurados, entre los cuales Georges era el principal, fueron fusilados. A los otros cinco de los 17 condenados á muerte, se les conmutó esta pena en la de destierro perpetuo.

La gentil y benévola Josefina miraba todas estas escenas de sanare con tristeza. Se desvanecía á toda carrera la influencia que había ejercido en el corazón de su esposo, se había puesto, en una palabra, el sol de su gloria. Ya no tenían valor á los ojos de Napoleón sus ruegos ni sus lágrimas, bastando decir que no le fué posible evitar la muerte desastrosa del duque de Enghien.

—He probado todos los medios, dijo ella anegada en llanto á Bourrienne, secretario principal del emperador. Deseaba distraerle de intención tan atroz, á cualquier costa; pero no me la había comunicado, pues sabéis de que

modo lo averigué. A ruegos míos, me confesó su propósito, de nada valieron sin embargo mis lágrimas. Me le arrodillé y le abracé las piernas.—No te metas en las cosas que no te incumben; me dijo serio rechazándome. Estos no son asuntos de mujeres, déjame en paz. Así tuve que abstenerme y dejar que sucediera lo que Dios quisiera. Despues, no obstante, cuando todo pasó, Napoleon estuvo profundamente afectado, por varios dias seguidos no habló palabra, ni me regañó tampoco al verme á menudo anegada en llanto.

Pasados los dias, los dias de esplendor, vinieron al galope los dias de miseria y pesar para Josefina. Rechazada por Napoleon, por cuatro años seguidos lamentó su desdichado amor y su dicha malograda; pero cuando la estrella de ese héroe se puso, cuando le robaron su corona imperial y le obligaron á salir de Francia, se despedazó el corazón de Josefina y se ocultó en el sepulcro, á fin de no presenciar la humillación de su ídolo.

Concluido el imperio, los potentados extranjeros llevaron á Francia entre bayonetas al conde de Provenza y le sentaron en el trono de sus antepasados bajo el nombre de Luis XVIII. En este acto solemne no tuvo parte la nación.

¿Dónde estaba á todas estas el hijo de la reina Maria Antonieta? ¿Qué era de Luis XVII?

Había cumplido la palabra dada á Josefina. “Había ido á los bosques primitivos de la América en medio de los salvajes los cuales le dieron una corona de plumas y le hicieron su rey.” Honrado como tal y amado como caudillo, por años y años vivió entre ellos. Despues le acometió la nostalgia y se pasó al Brasil, al servicio de cuyo pueblo se puso, buscando la oportunidad de celebrar un contrato con Don Juan, sin pensar mas en sus vasallos de color cobrizo. Los tesoros preciosos que poseía, sus papeles, había logrado conservarlos en todos sus viajes y peligros y aventuras, y merced á ellos Don Juan le recibió bien; por él supo los cambios que habían ocurrido en Francia. Así que, aprovechándose de la primera oportunidad que se le presentó se embarcó para Europa y llegó á París á mediados del año de 1816.

El príncipe de Condé, ya duque de Borbon recibió con ternura al vagamundo, al mismo tiempo que con hondo pesar, pues ya era demasiado tarde, no descansando en base ninguna su esperanza de restaurar al vuelto príncipe en el trono de sus padres. El conde de Provenza era á la sazón rey de Francia por la voluntad de los aliados y no había que esperar abdicase en favor del hijo de la mujer que mas había odiado en el mundo.

Mucho mas fácil y cómodo fué tratar al pretendiente como loco y aventurero y desvanecer sus derechos para siempre. Inútiles fueron las cartas que el baron de Richemont escribió á su tío el rey y á su tía la duquesa de Angulema, rogándoles le concedieran una entrevista. Jamas le contestaron siquiera, ni era de concederse tampoco una audiencia á este aventurero, cuyos reclamos no podían atenderse sin destronar á Luis XVIII; y sobre todo sin aguar las ilusiones del hijo de la duquesa, el duque de Berri, que aspiraba á reinar en Francia.

Luis XVII había muerto y no podía volver á la vida. Viólo, súpulo, y se apoderó de su espíritu un hondo sentimiento. Pero se sobrepujó á todo, no atentó contra su vida, sino que se propuso vivir y ser el terror y enemigo de sus crueles parientes.

A fin, sin embargo, de librarse del puñal de esos mismos, que eran poderosos entónces, se echó de nuevo á vagar por el mundo. El príncipe de Condé llorando le aconsejó esto y él cedió á la razón y á las circunstancias. Abandonó de nuevo el territorio Frances y aun la Europa, y viajó por Asia y Africa. Al cabo de dos años de ausencia y de dolorosa peregrinación, volvió, y al desembarcar en las costas de Italia, fue preso en 1818, á instigación del embajador Austriaco en Mantua y encerrado en las cárceles de Milan.

En ellas pasó el desventurado príncipe siete años, sin que se le notificara siquiera el motivo de su prisión; siete años de soledad, de tinieblas y de padecimientos. Con todo eso, el hijo de Maria Antonieta había aprendido desde la niñez lo que son trabajos y halló que la vida en los plomos de Milan no era tan mala como la vida en el Temple bajo la férula de Simon. Allí encontró al ménos almas que simpatizaran con él y le compadecieran, pues hasta los llaveros eran corteses y benévolos cuando entraban en el calabozo del rey de Francia. Un dia oyó una voz que cantaba en tono suave y melodioso una romanza que él mismo había compuesto y cuya letra copió en la pared del calabozo que anteriormente había ocupado en la propia cárcel.

Dicha voz, que resonaba como un saludo del mundo, era de Silvio Pellico. En efecto, el célebre autor de *Le Mie Prigioni*, refiere en frases las mas tiernas su conocimiento con aquel compañero de prisión:

Habían llevado mi cama, dice, al nuevo calabozo que me habían preparado, y tan luego como me dejaron solo los inspectores, mi primer cuidado fué examinar las paredes. Había en ellas algunas palabras, recuerdos del pasado, escritas con carbon, con lápiz y con un instrumento punteagudo. Tambien vi allí dos versos en Frances, que siento no haberlos copiado. Empecé á cantarlos con el tono de mi melodía *La pobre Magdalena*, á tiempo que una voz inmediata me contestó con otra canción. Luego que acabó el cantor, yo exclamé: bravo! El entónces me saludó cortesmente y me preguntó si yo era Frances.

—No, soy Italiano y me llamo Silvio Pellico.

—El autor de *Francesca da Rimini*?

—Sí, señor, el mismo.

Signóse á esto un cumplimiento de su parte y el acostumbrado pésame por mi encierro. Preguntóme en seguida, dónde había nacido, y cuando le contesté que en Saluzzo, en el Piemonte, hizo elogio de mis paisanos y me habló particularmente de Bodini, célebre impresor, regente de la imprenta nacional de Parma. En la brevedad y discreción de sus celebraciones, revelaba un entendimiento lúcido y cultivado.

—Y ahora, señor mio, le dije yo, permitidme os pregunte quien sois.

—Acabais de cantar una canción que yo escribí.

—¿Son pues vuestros los lindos versos escritos aquí en la pared?

—Sí, señor.

—En ese caso sois....

—El duque de Normandía.

Precisamente entónces el vigilante se acercó á mi reja y tuve que callarme. Algun tiempo despues anudamos nuestra conversación. Cuando le pregunté si era Luis XVII, me contestó afirmativamente y empezó á declamar con calor contra Luis XVIII, su tío, el usurpador de sus derechos.

Roguele entónces me hiciera un resumen de la historia de su vida, y satisfizo mis deseos, refiriéndome los detalles de la de Luis XVII, que ya sabia en parte. Contóme sus padecimientos en su larga prisión en el Temple, el mal trato que allí le dieron, el papel calumnioso contra su madre que le obligaron á firmar, su escapada milagrosa, su vida de soldado en Egipto y en Marengo, sus aventuras en París, su fuga á América, su vuelta para reclamar el trono de sus padres y su prisión en Mantua.

En suma me hizo una pintura fiel de su extraordinaria vida. Vivos tenia en la memoria los incidentes de la revolución Francesa y hablaba con natural elocuencia, mezclando en la narración anécdotas oportunas y picantes. La manera de expresarse tenia á veces un ligero sabor del militar, pero no le faltaba la elegancia que descubria su trato con la buena sociedad.

—¿Me permitiréis, le dije, trataros como amigo, dejando á un lado todos los títulos?

—Hé ahí lo que deseo, me contestó. La desgracia me ha enseñado á despreciar todas las vanidades de la tierra. Creedme, mi orgullo no finca en esto, en que soy rey, sino en que soy hombre.

Tras esto teníamos largas conversaciones por las mañanas y las noches, reconociendo en él una alma noble y hermosa, sensible á todo lo bueno. Sabía cómo ganarse los corazones, de modo que hasta los carceleros eran bondadosos con él. Al venir uno de ellos del calabozo de mi vecino me dijo: Tengo esperanzas fuertes de que me haga primer portero de palacio cuando sea rey; tuve la osadía de pedirle la plaza y él me la ha prometido.

A la veneración de los carceleros por el rey futuro, debo el que un dia cuando me llevaban al tribunal, al pasar por su calabozo, abrieron las puertas á fin de que yo conociese á mi ilustre amigo. Era de estatura mediana, de cuarenta á cuarenta y cinco años de edad, algo grueso, y tenia fisonomía completamente Borbónica.\*

Despues de siete años de prisión, se abrieron al fin las puertas al baron de Richemont; y aquel que había sido privado de su libertad por tan largo tiempo, sin sentencia de juez, fué dado libre con la ménos ceremonia posible. Libre otra vez se veía el hijo de la reina, y la muerte de Luis XVIII le llevó de nuevo á los círculos sociales; mas fué para saber que otro rey de Francia había ocupado su puesto, habiendo as-

\* Silvio Pellico, *Le Mie Prigioni*, pág. 51 y siguientes. Un exámen de esta obra convence á cualquiera que Silvio Pellico de ninguna manera crea en la autenticidad de las pretensiones de su compañero. Y hace mal la novelista en dejar en el ánimo del lector la impresión que se trasluce en el texto. T.

cendido al trono vacante el conde de Artois bajo el nombre de Carlos X.

En los hondos valles de Suiza devoró el baron de Richemont sus pesares y su humillacion. Pero así que el rey Carlos X fué lanzado del trono por la revolucion de julio de 1830, salió de nuevo de su retiro el hijo de Maria Antonieta, dió una proclama al pueblo Frances, y, pidió su herencia, en presencia de toda la Europa.

Pero se perdió la voz del desventurado príncipe en medio del clamor popular y el ruido de las armas. No tenia soldados, no tenia cañones, para imponer silencio y hacerse oír de la multitud. Una cosa y otra tenia el duque de Orleans, Luis Felipe; sus secuaces y valedores, ganados por la magia de sus riquezas, no tuvieron inconveniente en sentarle en el trono, en agosto de 1830.

El infeliz baron de Richemont, hijo de reyes, el último de los Borbones en Francia, solo contaba entónces con un amigo, que quizas querría ampararle. Nos referimos al duque de Borbon Condé, anciano de unos 80 años de edad. Algunas semanas despues de la ascension de Luis Felipe, el duque en cierto día recibió en su palacio de St. Leu á un caballero desconocido, que se presentó bajo el nombre de baron de Richemont.

Salió á la antesala el duque, saludó al huésped con la mayor deferencia y le condujo á su gabinete. Allí los dos caballeros tuvieron una conversacion larga y vehemente, y, el secretario del duque, que trabajaba en la inmediata biblioteca, afirma que oyó distintamente decir á su señor en tono de voz tembloroso:

—Sire, os suplico me perdoneis. Las circunstancias fueron mas fuertes que mi voluntad. Sire, no me condeneis sin apelacion; perdonadme.

Y que la voz irritada del extranjero replicó:—“No, no os perdonaré, porque habeis obrado tan pérfidamente con el hijo, como obrasteis con la madre. No habeis cumplido el juramento que en cierta ocasion me hicisteis. Os dejo. Dios tenga piedad de vos, y os perdone; pero mucho temo que os castigue por la traicion que me habeis hecho. Me jurasteis que no reconoceriais otro rey mientras yo viviese, y sin embargo este es el tercero á quien prestais vuestro homenaje. Adios. Protéjaos el Todopoderoso. Quizas nos volvamos á encontrar en mundo mejor, y allí dareis cuenta de vuestra conducta á un juez que lee en los corazones de los hombres. Sed feliz y duerman en paz los muertos.”

En seguida oyó el mismo secretario el golpe de una puerta que se cerraba con fuerza y que todo quedó en silencio. Al cabo de una hora entró en el gabinete del duque, porque le pareció alarmante aquello, y encontró al anciano en su silla de brazos, pálido y con la mirada fija en la puerta por donde habia salido el extranjero. Todo el día se mantuvo callado, y por la noche le oyó su lacayo orar y gemir sin consuelo. A la mañana siguiente, el 27 de agosto de 1830, apenas entró en su alcoba, le halló muerto y ya rígido. Se habia ahorcado el duque á la ventana de su cuarto.

Así acabó el último secuaz del infeliz rey, que aun llevaba su apellido, habiendo muerto antes todos sus parientes, inclusa su hermana

la duquesa de Angulema. Pero de los muertos vino un presente, habiendo ella dispuesto en su testamento se le diese al baron de Richemont una pension anual, no faltando quien dijera que en la hora de su muerte manifestó deseos de reconocerle como hermano. Pero la hizo desistir de este propósito su confesor, el cual le manifestó que semejante reconocimiento no haria mas que introducir nuevas discordias entre los Borbones, y dar al pretendiente Enrique V. igual derecho que á Luis XVII.

Con todo eso el duque de Normandia no guardó silencio, pues tan alto y claro habló de sus derechos, que Luis Felipe creyó conveniente al fin hacerle prender y procesarlo. El sumario duró quince meses consecutivos, resultando de él una acusacion de infidencia que se juzgó por ante los tribunales Franceses.

La Gaceta del 3, 4 y 5 de noviembre de 1834 daba los pormenores de esa causa célebre. Espectadores en gran número, lo mismo que testigos, concurrieron á las sesiones, listos para probar la identidad del baron de Richemont con el duque de Normandia, hijo de Luis XVI. El reo se presentó con calma y dignidad y cuando el fiscal le acusó de apropiarse un nombre que no le pertenecia, replicó él tranquilamente: Señores, si yo no soy Luis XVII, tened la bondad de decirme quién soy.

Nadie satisfizo á esa pregunta, nadie se atrevió á contradecirle, ántes muchos eminentes legistas no tuvieron empacho en declarar que él era en verdad su rey, el huérfano del Temple.

De esto pareció convencido hasta el mismo presidente del tribunal, terminando el discurso que dirigió al jurado con las siguientes palabras:—Señores, quién es el reo que teneis hoy delante?Cuál es su nombre, cuál su genealogia, cuál su familia? Sus antecedentes, su historia? Es el instrumento de los enemigos de la Francia, ó con mas razon, un desventurado que escapó milagrosamente de los horrores de una revolucion sangrienta, y, proscrito de la comunidad social por su nacimiento, no tiene nombre ni sitio de refugio donde reposar la cabeza?

Pero á esta última pregunta no tuvo que responder el jurado, sino á la de si el reo era culpable ó no del delito de conspiracion contra la paz del Estado. A esta pregunta contestó—culpable, y se condenó el reo á doce años de prision.

El duque de Normandia, ó rey Luis Carlos, como podemos llamarle, fué llevado á Santa Pelagia; pero al siguiente año, merced á la interposicion de los amigos poderosos, que le habia grangeado su proceso, le pusieron en libertad y se encaminó á Suiza por segunda vez, donde pasó algunos años de tranquilidad.

La revolucion de 1848 lanzó á Luis Felipe del trono y se refugió en Inglaterra, para no volver á pisar el territorio Frances.

Entónces Luis Carlos salió de nuevo de la soledad, ya enteramente solo. Le rodearon ricos y poderosos legitimistas, se creó un periódico, *L'Inflexible*, para abogar por los derechos del duque de Normandia, y mil voces leales de La Vendee, llamaron al rey Luis XVII. Y en el momento de correr al lado de sus fieles, Dios le detuvo enviándole un ataque de parálisis. Mejoró de este mal, mas se le acabó la fuerza del entendimiento, de cuyas re-

seltas el decidido, fogoso é infatigable pretendiente, quedó convertido en un humilde y piadoso fraile, que pasaba la vida en ayunar, en rezar y en hacer viajes á Roma para confesarse con el Papa Pio Nono y recibir la absolucion de sus pecados.

Este se vió con el duque de Normandia en Gaeta el 20 de febrero de 1849, donde tuvieron una larga y secreta conferencia. De ella resultó, que si bien Luis Carlos no negó su ascendencia, tampoco manifestó deseos de que le pusieran en posesion del patrimonio paterno. Cada día fué retirándose mas y mas del mundo, viviendo tranquilo en un pequeño círculo de nobles legitimistas que le daban el dictado de Sire. Aceptó este tratamiento como cosa que le pertenecia de derecho, y nunca lo rehusó aun en los labios de muchos adherentes de la nueva dinastía Napoleónica. En esta época escribía á sus amigos:

—Me preguntais qué deseo, cuál es el fin de mi lucha, que ha durado ya medio siglo. Os lo diré en breves palabras. Confio que no me suponeis determinado á buscar todavía el camino del trono de Francia. Para mí seria esta la mayor de mis desgracias, ciertamente seria

una calamidad para nuestra patria; pudiendo en ese caso decirse de nosotros dos con razon, que la mereciamos: tampoco si se me reconociera espero alcanzar la salud y mejorar de posicion. Sabeis bien que mis necesidades son pequeñas y que están ampliamente cubiertas. ¿Qué mas puedo apetecer? Vengarme? Amigos míos, estoy en una edad en que la sangre fluye pesada en las venas y en que se halla encanto indecible en perdonar. Hé aquí la razon principal de mi contentamiento. Antes de morir, quisiera convencer á que los que han creído en mí, que no es un aventurero político, sino el huérfano-real del Temple, aquel á quien dispensan su amistad y les debe eterna gratitud.”

Murió y fué enterrado con gran pompa en el cementerio de Villefranche, y en su losa se lee la siguiente inscripcion:

AQUÍ YACE  
LUIS CÁRLOS DE FRANCIA.  
NACIÓ EN VERSAILLES EL 27 DE MARZO DE 1785.  
MURIÓ EN EL CHATEAU DE VAUX-RENAUD  
EL 10 DE AGOSTO DE 1853.

FIN.